LA LARGA SOMBRA DE LA CENSURA

Jesús Campos García

Las transformaciones que se producen en los sistemas de comunicación artística —y pido disculpas por coincidir con los evolucionistas del XIX—, responden a mecanismos similares a los que motivan la evolución de las especies. En ambos casos, se trata de cuerpos vivos sobreponiéndose a la adversidad o, en circunstancias favorables, adaptándose al medio. Un ejercicio de supervivencia que acumula agresiones y pujanzas como si fuera una cuenta de resultados. De ahí que se me haga imposible entender lo que somos sin conocer lo que fuimos.

Ya sé que hay quienes prefieren que la historia no exista —les hastía el pasado—, sobre todo si les coge con la biografía sin planchar, pero hablar hoy de libertad de expresión nos obliga a remontarnos, si no a las hogueras de la Plaza Mayor —tenemos tanto patrimonio represor—, sí al menos a la censura que padecimos hasta hace apenas tres décadas. Y no para enjuiciar lo sobradamente sentenciado, ni siquiera para reivindicar la exhumación de las obras masacradas, como tan legítimamente nos corresponde —otros colectivos lo hacen—, sino para entender algunas disfunciones que en su día fueron estrategias necesarias y que hoy subsisten como órganos vestigiales. Imperfecciones de la evolución.

Escribir en clave, único modo de entenderse con quienes previamente ya estaban de acuerdo en entender cien veces más de lo que se decía, pudo ser un recurso obligado, si bien, al restablecerse la normalidad, no todas las complicidades resultaron ser metáforas, signos con significado, obras de creación, sino que muchas de aquellas estrategias sólo eran martingalas, fruto de la ingenuidad y/o de la militancia de sus autores, cuando no «sugerencias» de los mismos censores, que tantas veces colaboraron con su «consejo» a que se hablara de nuestra realidad a través de realidades interpuestas, cuando no de realidades irreales.

Que la acción ocurriera en un país extranjero, a ser posible inexistente, o en un tiempo pasado, mejor remoto —qué cómodos los clásicos—; que los personajes se descontextualizaran hasta llegar a la entelequia (Él, Ella, Hombre, Mujer, El Uno, El Otro y otras muchas esquematizaciones), no fue siempre iniciativa de los autores, sino el marco de lo posible que impuso la dictadura, en el que todos, en distinta medida y con distinto entusiasmo, tuvimos que desenvolvernos.

Ya fueran obras históricas, simbolistas, parabólicas o simplemente erradicadas, el poco teatro crítico que conseguía sortear los controles llegaba al espectador enmascarado o desnaturalizado: intrincado como un acertijo. Una suerte de criptografía escénica que dañó gravemente los cauces de comunicación. Y aunque siempre se ha señalado la perturbación que esta falta de libertad supuso para la normal evolución de nuestra tradición teatral desde el punto de vista de los autores, no fue menos traumático el efecto que esta argucia produjo en los espectadores, pues se fueron formando en la idea de que todo lo que tenía interés en el escenario debía ocurrir en el pasado o en el extranjero.

Paralelamente, el teatro recreativo —más aún el cine, después también la televisión— reflejaba la realidad española con historias zafias, personajes casposos y comicidad chusca: el vacío de los vacíos —aconsejo a los más jóvenes, a los amnésicos, e incluso a los culpables, que vean «Cine de barrio»—, lo que confirmaba la idea de que nadie que se llamara Alonso, o nada que ocurriera en Ciudad Real, podía formar parte de la cultura universal. No sólo impidieron la expresión crítica de nuestra sociedad, también destruyeron su autoestima.

(Con una mentalidad así en el XVII, nos hubiéramos quedado sin el centenario del Quijote).

Ha sido el cine, que tanto contribuyó al descrédito de lo propio, quien ha restituido con dignidad la presencia de nuestra realidad en sus ficciones —después de años de desierto, todo hay que decirlo—. También en el teatro más experimental o alternativo va abriéndose camino el hablar de nosotros sin complejos. No obstante, aún persiste la aureola en torno a lo ajeno, esa cultura cateta del relumbrón que la censura propició al asolar lo propio.

Hablamos de generaciones perdidas, refiriéndonos a los autores, y olvidamos las generaciones de espectadores igualmente perdidas. Muchos de nuestros políticos de hoy, muchos de los gestores que hoy rigen nuestra política cultural pertenecen a esas generaciones; también ellos fueron víctimas de esa agresión; también ellos se formaron en la idea de que lo propio era garbancero, mientras que analizar, reflexionar, sentir nuestra realidad a través de lo ajeno era lo inteligente, lo vanguardista, lo distinguido. Y es que cuarenta años de dictadura no dejan títere con cabeza. Lo grave es que hoy, probablemente sin saberlo, son ellos los que están contribuyendo a que se perpetúe la situación.

La larga sombra de la censura, que pervive en sus secuelas (órganos vestigiales), sin necesidad de que se tramiten expedientes. ■